





TODOS LOS MUERTOS  
SE PARECEN



Pablo Cazaux

TODOS LOS MUERTOS  
SE PARECEN



Primera edición: octubre de 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Pablo Cazaux

ISBN: 978-84-128762-2-2

ISBN digital: 978-84-128762-3-9

Depósito legal: M-21169-2024

Real Noir Ediciones

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

[info@realnoirediciones.com](mailto:info@realnoirediciones.com)

[www.realnoirediciones.com](http://www.realnoirediciones.com)

Impreso en España



Real Noir es una colección dedicada *in memoriam*  
a Paco Camarasa y Claude Mesplède,  
amantes incondicionales de la novela negra



**Universidad  
Andrés Bello**

El 12 de octubre de 2023, el jurado del **II Concurso de Novela Puerto Negro**, organizado por la **Universidad Andrés Bello** y compuesto por los novelista uruguayo **Mercedes Rosende**, el autor argentino **Carlos Salem** y los escritores chilenos **Stefanie Massmann** y **Juan Ignacio Colil**, proclamó ganadora por unanimidad a la obra *Todos los muertos se parecen*, del autor argentino **Pablo Cazaux**.



## PRÓLOGO

### Un gordo muerto en el maletero de un coche

Esta novela de Pablo Cazaux, como otras facturadas por autores nacidos en América Latina, despejan la vieja duda (más bien la afirmación negativa) sobre la posibilidad de trasladar el ritmo y esquema narrativo de la novela negra clásica ambientada en América del Norte a territorios del Sur.

No solo se puede, sino que también se puede hacer con gran eficacia y sin renunciar a las señas de identidad propias. *Todos los muertos se parecen* demuestra la universalidad del género si se practica con talento y sin complejos.

Santo, el protagonista de esta novela, no imita a Philip Marlowe ni a ninguno de sus imitadores; simplemente va dando tumbos por la vida, eligiendo el camino difícil porque no encuentra el fácil o no le apetece encontrarlo, y poniendo en práctica un sentido de la justicia nada académico pero sí vital y sincero. No intenta que el extrarradio de Buenos Aires, en el que transcurre la novela, se parezca a los suburbios de Los Ángeles por los que el bueno de Philip iba dando tumbos y recibiendo cachiporrazos.

No hace falta.

Con una pericia narrativa precisa y práctica, el autor introduce los elementos del lugar y la época, sin que sea un requisito conocerlos personalmente o identificarlos para disfrutar de la historia.

En más de una ocasión he respondido a alguna entrevista afirmando algo evidente: si la novela negra en América Latina es tan buena, es porque la realidad cotidiana es allí, desde hace muchos años, el mejor-peor argumento de una novela negra.

No en vano, *Todos los muertos se parecen* se alzó como vencedora por unanimidad del **II Concurso de Novela Puerto Negro**, organizado por la **Universidad Andrés Bello**, en el que participaron más de un centenar de novelas procedentes de quince países. El jurado a cargo de la elección de la novela ganadora, del que formé parte, destacó que es «una historia que no decae nunca y no nos permite dejarla de lado» (**Mercedes Rosede**, Uruguay). Por su parte, **Ignacio Colill** (Chile), afirmó que «la obra incorpora una mirada local con cuotas de humor y decepción, sin miedo a meterse en las profundidades del crimen». Y también desde Chile, **Stephanie Massmann** señaló que en este libro «casi nada es lo que parece, las situaciones iniciales y los personajes se van deformando a lo largo del texto para terminar adquiriendo formas casi monstruosas». Por mi parte, indiqué que Cazaux «logra una obra que conformará tanto a los lectores clásicos como a quienes se acercan al género por primera vez».

Como parte del jurado, quiero destacar la excelente calidad de las obras presentadas, lo que supone un punto más a favor del libro que tienes en las manos.

## Un descreído que quiere creer en algo

Estamos ante una excelente novela negra, con todos los elementos del género, que no cae en el cliché, porque la vida marginada y cotidiana, más que copiar los tópicos, los crea y les da sentido. Un protagonista descreído y con muchas ganas de creer en algo o en alguien y un entorno social y político en el que la propia ley es una ilusión y la justicia perdió la venda de los ojos en alguna partida a los dados.

Un libro que pasará con excelente calificación el examen de los lectores más exigentes del género, y puede que incluso consiga nuevos aficionados a la cosa *noir* con su historia triste y al mismo tiempo poética. Desapasionada en apariencia, como el protagonista. Pero testaruda en su búsqueda de una mínima partícula de integridad que le haga creer que seguir viviendo vale la pena.

La acción se sitúa en algún momento de la primera década del siglo XXI, en una Buenos Aires que comienza a recuperarse (o eso cree) de la crisis económica conocida como «El corralito», que en 2001 provocó que hubiera cinco presidentes en once días.

Eso, a Santo, soñador, editor fracasado de libros y metido a buscador de cosas y personas que se pierden, le da más o menos igual. Siempre le falta dinero, pero no corre detrás de él ni lo busca a cualquier precio. Para conseguirlo, acepta trabajos pequeños que realiza con aparente desgana y en los que sin embargo se juega la vida y algo más.

Como en este caso de una mujer alcohólica detenida en mitad de la carretera por una patrulla de policías de dudosa honestidad, que encuentran en el baúl de su coche el cadáver de un hombre gordo con un tiro en la frente. Alguien que alguna vez fue un actor de efímera fama y amistades con el poder

militar de finales de los años setenta, desaparecido de las pantallas y del ojo público hace mucho, para hacer su reaparición nada triunfal como el muerto que a casi nadie importa.

Con estos mimbres y sin urgencia, pero sin dejarse convencer por la desidia, Santo persigue lo que todo investigador de novela negra: la verdad. Porque sabe que la justicia casi nunca llega o llega tarde.

Aficionado a perder y al jazz, tiene un casi amigo policía que aún cree en su oficio, un abogado y guionista de cómic que no confía en la tecnología, una vecina adolescente que aparentemente vive en su mundo pero a la que no se le escapa ningún detalle y que posee un talento especial para el dibujo. Y una rubia esquivada, por supuesto.

Contratado por el estrafalario hijo de la presunta asesina del actor gordo, Santo recorrerá los caminos de los alrededores de Buenos Aires, entre policías corruptos, cuatreros de gatillo fácil, prestamistas usureros enamorados, y perseguido por las deudas, que nunca aflojan el paso.

Con una rara habilidad para escribir diálogos excelentes y sin una palabra de más ni descripciones innecesarias, Pablo Cazaux crea un personaje al que deseamos que las cosas por fin le salgan bien, aunque no tiene costumbre.

Como advertimos siempre en esta colección, no se incluyen traducciones ni notas al pie para explicar algunas palabras del habla coloquial de Argentina. A estas alturas de la globalización de contenidos y plataformas de *streaming*, además de innecesarias, serían groseras. El propio ritmo de la narración, el tono clásico y moderno a la vez que el autor le confiere a sus frases, hace que el contexto atrape al lector y le haga olvidar esos complejos.

No hay en esta novela imitación ni parodia del género negro clásico inaugurado en Estados Unidos en los años 40

como heredero del *hard boiled*. Tampoco una adaptación a un modelo literario y cinematográfico conocido y vendible. Cazaux cuenta una historia universal que transcurre en un lugar concreto, pero que con otros nombres podría ocurrir en los suburbios de cualquier gran ciudad del mundo.

Tanto, que a partir del momento en que cierres esta novela, sentirás un miedo irracional cada vez que abras el maletero de tu coche.

CARLOS SALEM



# 1

«Mi madre no lo mató al Gordo», dijo y se quedó mirándome con sus enormes ojos de vaca detrás de los anteojos. Le iba a contestar que la última vez que creí en una mujer casi me mata una banda de rusos traficantes de arte. Sin embargo, hice un dibujo sobre el papel en blanco que tenía delante y traté de decidir qué haría con el tipo este que seguía mirándome en silencio.

Había tenido una noche demasiado larga y agotadora como para pensar en afirmaciones tan subjetivas. Y todavía me resonaban las protestas de la rubia sin nombre que se había despertado en mi cama quejándose de los rayos de sol que pasaban por la persiana mal cerrada; de los ruidos que venían de la estación de trenes; de la vieja de arriba que estaba haciendo limpieza a las nueve de la mañana. Le pedí amablemente que siguiera durmiendo y se quejó de mi aliento a vino. Me levanté, la saqué de la cama y le indiqué dónde estaba la cocina. Me preguntó con la mirada para qué tenía que saber ese dato.

—Hacé café —le dije y me metí otra vez entre las sábanas.

Di un par de vueltas, estirándome, aprovechando los espacios vacíos y la ausencia de la rubia hasta que algo se rompió. La rubia se apareció con la manija de la cafetera en la mano. Faltaba el resto.

—Perdón —me dijo—, se cayó.

Las cosas no se caen solas. Me vestí con la misma ropa de la noche anterior y fui a hacer café.

—Vestíte —le dije sacándole la manija de la mano.

Tenía puesta una camiseta de mangas largas que guardaba en un cajón para ocasiones como esa. La dejó sobre la cama y se quedó desnuda. Estaba bien. Pensé en retomar lo que quedó inconcluso la noche anterior cuando me dormí de golpe después de la última copa de vino. Ella me intuyó y tardó en acomodar su ropa sobre la cama. No estaba de humor para empezar a jugar. Tenía sueño, me dolía la cabeza, la rubia había resultado más insoportable de lo que imaginé en el bar y todavía tenía que bajar a la oficina a buscar unos papeles.

Levanté las persianas, puse la radio y preparé dos tazas grandes de un Nescafé que guardaba para cuando no anduviera la cafetera eléctrica.

Me senté a mirar el sol que daba de frente a las ventanas y los árboles que sobrepasaban el techo de la estación. Era una buena vista si se limitaba solo a eso. Abajo era espantoso y cada vez se ponía peor con los vendedores ambulantes y la mugre por todos lados. La rubia me preguntó dónde estaba la tostadora y le dije que alguien ya la había roto.

—Las mujeres te estamos dejando sin casa.

Mi ex mujer me dejó sin casa; y sin dinero; y sin felicidad. Una cafetera y una tostadora compensaban una noche de sexo razonable.

—Las mujeres son demasiado complicadas —le dije sin mirarla, tomando mi café a sorbos, tratando de escuchar al tipo de la radio.

—Los hombres también, no te creas —me dijo—. Miráte un poco.

—Lo hago todos los días. Todos. Y siempre veo lo mismo.  
Y no me arrepiento.

Sonó el timbre de la puerta. La miré para que abriera pero me levanté yo. Lili estaba apoyada contra la pared, frente a la puerta. La luz del sol le dio sobre sus ojos marrones. Tenía ropa de adolescente, rota por todos lados. En la mano, el cuaderno de dibujo que no abandonaba jamás.

—Te busca alguien —me informó.

Me asomé al pasillo vacío. Me encogí de hombros.

—Acá no. En tu oficina.

—¿Cómo sabés?

—Vengo de la psicóloga que está al final del pasillo.

—¿Se fue el abogado?

—No. La psicóloga está en la de enfrente.

—¿Y?

—Que cuando volvía vi a un tipo parado frente a tu oficina. Tiene unos anteojos gruesos.

—Culo de botella.

Se rio.

—Sí. Y tenía la oreja apoyada contra la puerta. Estaba escuchando para saber si estabas.

—Hubiese tocado el timbre.

—Hay veces que te tocan el timbre y vos no abrís aunque estés.

—Pero él no lo sabe.

Le pregunté por su abuela y me dijo que estaba limpiando el departamento con una chica que había venido a ayudarla.

—Decile a tu abuela que la próxima vez trate de empezar un poquito más tarde.

—Se levanta a las seis de la mañana.

—Sí, me doy cuenta todos los días.

Me saludó con la mano y se fue.

La rubia miraba con los ojos bien abiertos, verdes, grandes, sin pintar. Era bastante linda a pesar de todo. Solo por eso le preparé unas tostadas con la tostadora de mano. Le llevé un poco de mermelada que quedaba en un frasco y le ofrecí más café.

—No, está bien así. ¿Y esa chica?

—La vecina de arriba. Se llama Lili y tiene la abuela más hinchapelotas del mundo.

—¿Y por qué viene a avisarte que tenés un cliente?

—Porque no tiene a nadie para avisarle nada. Yo soy el único con el que puede hablar. Siempre me avisa de los vencimientos de las facturas, de la gente rara que merodea el edificio, de las ofertas en el Día% de acá a la vuelta. Y hace unos dibujos maravillosos.

—Qué dibuja.

Me quedé pensando. No lo sabía. Siempre estaba dibujando pero nunca mostraba sus dibujos. Una vez me regaló uno de una mujer hermosa que yo conocería en un futuro.

—De todo —mentí—. Pero sobre todo caras de mujeres.

—Menos mal que no me vio.

—No te creas. Ella lo ve todo.

Quedó la frase como un misterio que no estaba dispuesto a revelar y le preparé dos tostadas más que le hice comer a los apurones. Después, la acompañé hasta abajo y salimos a la vereda. El día estaba hermoso. La gente entraba y salía de los negocios y del cajero. Le pregunté si se ubicaba para volver. Me miró horrorizada, temiendo que la dejara abandonada en medio de aquella gente. A la noche había venido en remis y, de lo poco que recordaba, vivía en el centro de Lomas de Zamora. Asentí resignado y la acompañé hasta la remisería de la es-

quina. Daniel, mi socio ocasional, estaba tratando de arreglar la puerta trasera de su Fiat Duna chocada más de cinco veces.

—Dani —le dije—, necesito un favor.

Miró a la rubia y se le iluminaron los ojos.

—Eh, miráme a mí. Llévala a Lomas, al café París. La dejás ahí, te venís rapidito y me contás que no tuviste ningún problema. Después te pago el viaje.

La rubia iba a meterse para darle otra dirección, pero me adelanté y le hablé al oído.

—No conviene que sepa tu dirección. En el café París nadie te va a mirar ni a decir groserías. Ahí vas a estar tranquila.

Entendió mi ironía y eso me descolocó. Pero se subió al auto sin decir nada. Ni siquiera gracias. De pronto, tuve ganas de volver a verla. Pero Daniel ya había arrancado y doblado por Quintana porque el sábado a la mañana, en Roca, estaba la feria.

Volví a la oficina con la esperanza de estar solo un rato y tirarme en el sillón con las persianas bajas a dormir. Por la puerta de la Agencia Hípica, que estaba al lado de las escaleras de las oficinas, dos borrachos eran sacados a empujones por el de seguridad. El tipo me guiñó un ojo y le devolví el gesto. Siempre convenía estar bien con esa gente.

El pasillo estaba vacío a esa hora. Abrí la puerta de mi oficina con la llave y grité cuando una mano apareció por detrás y me tocó el hombro. Era el hombre que había visto Lili. Pelo al rape, anteojos para ciegos, ojos bien abiertos, nariz ancha y labios gruesos escondiendo la falta de algunos dientes. Me miraba tan de cerca que pensé que me iba a besar. Empujé la puerta con el hombro y entré.

Levanté las persianas de lata y ordené el escritorio. El tipo se sentó sin que lo invitase. Sacó un paquete de cigarrillos y prendió uno. No tenía ceniceros porque en mi oficina no se fumaba

desde que yo había dejado, así que le ofrecí una tacita china que uso para tomar té verde. Todavía había restos en el fondo.

—Me mandó Gabino —dijo soltando la mitad del humo por la nariz—. Me dijo que vos podías ayudarme.

—No conozco a ningún Gabino —le contesté para ponerlo a prueba.

—El que vende hielo. El hielero. Me dijo que vos lo ayudaste a encontrar la camioneta del reparto.

En realidad, Gabino se había estado acostando con la esposa del dueño de la fábrica de hielo y tuvo la genial idea de sacar fotos y extorsionar al marido. Antes de que lo mataran, le demostré que Gabino era medio retardado y que la idea se la había dado un tipo que ya se había mudado de la provincia por miedo a lo que pudiera pasarle. Gabino pasó una semana en el hospital con golpes por todos lados y de la mujer no se supo nada más. Con eso quedó saldada la deuda.

—Sí, lo ayudé una vez —comenté sacando un papel y una lapicera para hacer dibujos—. ¿Y para qué te mandó?

—Mi madre no lo mató al Gordo —dijo apagando el cigarrillo y mirándome con una fijeza que me dio una mezcla de pena y risa.

El tipo, aunque pareciera un niño por su forma de hablar y de moverse, era un adulto. Cuando yo era chico, a estos personajes les decían que su problema era una falta de madurez cognitiva. Nosotros le decíamos retrasados. Anoté cualquier cosa en el papel para impresionarlo.

—Y si tu mamá no lo mató, quién fue.

—No sé. Mi mamá es alcohólica, no puede matar a nadie.

—Y por qué no le decís esto mismo a la policía.

Bufó de bronca, de saturación, como alguien que ha repetido una y otra vez la misma historia. Sacó otro cigarrillo y lo detuvo con la mano en alto. Lo guardó.